

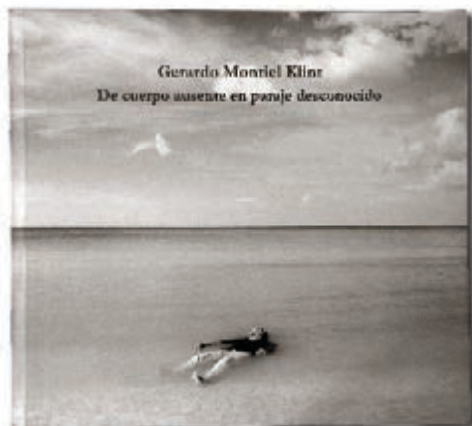
Gerardo Montiel Klint

De cuerpo ausente en paraje desconocido,
España, Ayuntamiento de Cartagena, 2007

Gerardo Montiel es un constructor de imágenes que en ocasiones llevan al espectador hasta el desconcierto. Imágenes en donde pareciera que una parte de la historia de lo que se ve se encuentra ausente, que algo ha sucedido antes y que eso –sea lo que sea que ha ocurrido– se le ha escamoteado al lector que sólo asiste a ver el final. Finales terribles, trágicos, oscuros, incomprensibles.

Porque ¿qué hace ese cuerpo de hombre ahogado y de rostro deforme en medio de un mar de tranquilidad?; ¿qué hace una mujer de mano lacerada, desfalleciente, acaso muerta, en medio de acogedora pero sombría y solitaria biblioteca?; ¿quién fue esa otra a quien han dejado tirada en medio de solitario bosque? (“Decúbito lateral derecho”, 2003); ¿qué está sucediendo con esa mujer metida en una bañera sanguinolenta con un signo rojo en los mosaicos (el tres) y una navaja ensangrentada al lado?; ¿qué ha pasado con esa rubia de hermosa espalda quien apacible permanece en una elegante habitación con su hombro lastimosamente herido por algo? (“For the love of a good woman”, 2003); ¿qué cuerpo han encontrado esas dos adolescentes detrás de la hierba? (“Día de pinta”, 2005); ¿Qué hace ese hombre ciego metido en un mar de cactus? (“La inminente caída del ciego”, 2005); o ¿qué vivió esa hermosa joven con las ropas desgarradas en medio de la nada boscosa? (Imagen que da título a la publicación), todos aparecidos en lo que viene a ser hasta hoy su último libro: *De cuerpo ausente en paraje desconocido*.

Montiel es un creador que elabora sus muy personales códigos de representación, sustancialmente insertando una incógnita desde la puesta en escena que sólo él la tiene resuelta. Y en mucho desde el suceso que de entrada se establece como algo ambiguo, indescifrable, en donde pareciera que el espectador se ha encontrado de manera sorpresiva con la escena (esas imágenes sombreadas en su derredor remiten al modo de ver del ser humano: con desenfoques en la periferia de la visibilidad) para descubrirse de improvisto viéndolo a una serie de mujeres muertas o lastimadas. O asistiendo a un sitio en donde no fue invitado. No por nada hay muchos tonos de soledad y de vacío en su puesta en imagen (la sombría paleta de colores de Montiel, que parte de Rembrandt a los prerrafaelistas, contribuye en todo a ello). De hecho hay una persistencia por la desolación absoluta: todo aquí son seres solitarios, abandonados, temerosos, en la incertidumbre o en la indefensión. Y no hay concesión ni cuando le ofrece algunas pistas a los espectadores (de algún modo en algunas de sus paráfrasis de antiguas pinturas, digamos la “Ophelia” de John Everett Millais, o fotografías clásicas como “Obrero en huelga



asesinado” de Álvarez Bravo), porque ahí también hay abandonos. Imágenes choque pobladas de sombras (de todo tipo, hasta la zozobra del espíritu) en donde ni la luminosidad atenúa su dimensión trágica. Escenas meticulosamente elaboradas que parecieran salir de los temores del propio fotógrafo para terminar siendo compartidos, obligadamente, por los espectadores.

No es raro en todo ello que Gerardo Montiel Klint no le tema a la autorreferencialidad como una forma de revelación codificada de su yo interno. Como muy escasos creadores (varones) en México (no más de cinco fotógrafos que han dirigido su cámara hacia sí), Montiel se muestra, se exhibe, a veces creando metáforas (él durmiendo sobre una piel de leopardo en medio del desierto en “Extinción nativa”, 2002) o elaborando circunstancia anómalas pero de nueva cuenta insertando la incógnita: ¿qué hace ese hombre ataviado de una bata de casa, gorro y calcetines que se mira en un espejo de agua en la inmensidad desértica? Si ésta es otra paráfrasis de un Narciso urbano trasladado al más inhóspito de los universos, también es una exhibición de la fragilidad, de los despojos de lo demencial. Entonces, he aquí puros seres tránsfugas de lo sombrío y de la pesadumbre.